



David Cerdá

Alrededor de los libros  
(y otros ensayos filosóficos)

RIALP

# ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Alrededor de los libros](#)

[Desmontando trampas](#)

[\*Molon Labe\*](#)

[Nota a la conversión](#)

[Créditos](#)

*Para mi abuela Concha,  
que siempre me ha valorado, como corresponde,  
por encima de mis méritos reales*

## AGRADECIMIENTOS

*Alrededor de los libros* está dedicado a quienes transforman su amor por los libros en objetos reales y especialísimos que nutren nuestras vidas. Quiere ser también un homenaje a los que apuestan por las nuevas voces del pensamiento, señaladamente en un panorama editorial tan convulso como el actual.

*Desmontando trampas* debe una porción de sus páginas a la paciencia y perspicacia de uno de mis argumentadores de cabecera, Felipe García.

Por cuanto hace a *Molon Labe*, si ha visto la luz es por el ejemplo de mi lúcido hermano Pedro Mondaza; fue su vivo pundonor el que inspiró lo que allí está escrito.

## ALREDEDOR DE LOS LIBROS

Por lo visto, a alguien se le ocurrió preguntarle a Leo Messi por la clase de libros que le gustaba leer, a lo que aquel respondió: «Una vez quise leer un libro y a la mitad no pude más». No sé qué nos pasa con los futbolistas, que no nos basta con que metan goles, sino que además los queremos abanderando causas sociales, emitiendo agudas reflexiones políticas y leyendo de carrerilla a Saramago. Esto último, y respecto a la generalidad, no ha dejado de ser el sueño húmedo de casi todas las avanzadillas culturales que en el mundo han sido. Ebrias de libros, han querido trazar una correspondencia perfecta entre nivel de lectura y democracia, entre el consumo de libros y la cantidad de esperanza que habríamos de depositar en la sociedad.

Ahora que el gesto de abrir un libro es mucho menos reflejo, por la proliferación de nuevos soportes, parece pertinente preguntarse por lo que los libros nos dan. Lo que sigue no es la declaración de un bibliófilo, sino los argumentos de un filósofo. Ensalzar lo que se ama, cuando uno carece de razones consistentes para ello, conserva su sentido si es un acto pudoroso, recogido, si es un ejemplo de lo que Gracián llamaba «el recatado silencio sagrado de la cordura». Sin querer restar valor a los panegíricos, hay que decir que en filosofía no han lugar. Cuando se trata de dar con lo que tiene validez universal, hay que hacerse las preguntas correctas y seguir su contestación donde quiera que nos lleve. En cuanto a lo que nos ocupa: ¿qué beneficios nos deparan los libros? ¿Qué es lo que en cambio no debemos esperar de ellos? ¿Qué leer y cómo? Y en definitiva, ¿consiguen los libros que seamos mejores personas?

\* \* \*

Toparse con un libro sustancioso puede ser una experiencia inquietante. Al recorrer sus páginas, somos introducidos en un paraje ignoto en el que algunas de nuestras certidumbres quedan en suspenso. Parte de lo que creíamos resultará confrontado, quizá vencido, dejando por rastro el polvo de nuestra anterior convicción. Como un amor, un buen libro nos pone en entredicho. Y como amar, leer requiere considerables dosis de humildad y sentido del humor. «No son nuestras tonterías las que me hacen reír —escribía Montaigne—, son nuestras sapiencias».

Ese no es plato para todos los paladares. La prensa y las cadenas de televisión, fuertemente coloreadas, ofrecen la indudable ventaja de exponernos exclusivamente a lo que sintoniza con lo que ya pensábamos. Por supuesto, existen libros panfletarios que responden al mismo esquema y finalidad —arrullar al converso—, pero casi todos los libros importantes poseen una profundidad que no permite esa mullida acomodación. No tienen una sola lectura; uno tiene la impresión de que ni el autor adivinaba cuán lejos llegarían. De ahí que leer sea también un acto de responsabilidad, porque es nuestro calor el que hace que el libro cobre una nueva vida, viendo la luz de un modo singular.

Entre los mejores remedios contra el atontamiento y la anestesia se encuentran los buenos libros, ese estimulante vital. Leer es descifrar un código, y la realidad está plagada de ellos, de modo que la capacidad descodificadora nos resulta primordial. Samuel Johnson escribe en *Vidas de los poetas ingleses*: «No leáis para contradecir o impugnar, ni para creer o dar por sentado, ni para hallar tema de conversación o de disertación, sino para sopesar y reflexionar». Los buenos libros nos proporcionan más *pixels*; tras su adecuada lectura somos capaces de visionar la realidad con una mayor resolución. Lo cual no es en modo alguno una garantía de felicidad y justicia, ya que la nitidez en la vista no lleva automáticamente a un buen obrar.

Leen los que quieren ver muchos mundos en este mundo; los que pueden y los que lo intentan. La lectura es una oportunidad —nada menos que diaria— para trascender la esclavitud de los intereses, y en este sentido acotado, es una gran muestra de libertad. Si se hace a fondo, leer un libro requiere cierta valentía, pues a la salida, al mirarte al espejo, no sabes con qué persona te vas a encontrar. Parece ser que a todo el mundo le gusta sentir, y como apostilla Virginia Woolf, «sea lo que sea». Pero no todo el mundo está dispuesto a ser *con-movido*.

La literatura es tan *magistra vitae* como lo es la historia, aunque a menudo lo sea de un modo prácticamente opuesto: como correctora de la realidad. Los poetas y los personajes de las novelas atraviesan límites que muchos de nosotros no queremos o no nos atrevemos a traspasar. Viven nuestras propias vidas adentrándose en terrenos nuevos, desde donde nos entregan una lección formidable. Un gran relato, lo mismo que un gran poema, es un simulador vital de primera magnitud. Parte de nuestra felicidad depende de que dispongamos de alternativas, y los libros, que despliegan mundos inusitados, las crean. Tal como lo expresa Félix de Azúa, «imaginar mundos quiere decir habitarlos y por consiguiente, imaginar posibles modos de habitar el mundo». Aunque la literatura sea un laboratorio que no siempre convenga llevar a la realidad.

Como vía de cuestionamiento, de interrogación, la potencia de los libros es indiscutible. Savater explica que «la idea, cuando llega, nos agarra por el cuello y no nos permite la vanidad ni el respiro. Se nota que es una idea porque nos quiebra. Las ideas no nos dejan hacer pie». Leer es exponerse; un libro de veras es un océano que nos impele a nadar o hundirnos. También es un banco de pruebas de argumentos falaces; la lectura de libros es el mejor entrenamiento para la persecución de un reguero argumental. El libro nos sumerge en una cadencia distinta que posibilita la reflexión. *Pararse* a pensar es justamente el tempo de los libros, pacientes objetos que secuestran nuestra atención para que podamos cavilar y soñar.

\* \* \*

No obstante, a la hora de valorar lo que aportan los libros, lo sensato es olvidarse de cualquier clase de automatismo, de inexorables relaciones causa-efecto. Tampoco es verdad que la cultura, como autores tan ilustres como Julián Marías han dicho, *solo* esté en los libros. En este sentido, el aroma a superioridad que desprenden algunos lectores resulta ridículo. Es una clase de beatería que, creyendo promover la cultura, la desalienta. Mitificar la lectura es solo síntoma de afectación. No necesitamos nuevos sacerdotes, tampoco nuevos credos; estamos servidos, muchas gracias.

Para ser más libre, más justo, más feliz, las lecturas no son una condición sine qua non, sino un apoyo, por muy efectivo que sea. Lo más importante no es leer, sino pensar y sentir bien y mucho. Leer no es ni lo uno ni lo otro; es un —posible— potenciador de ambas cosas. La vida no se encuentra en los libros, por más que algunos de estos rebozen vida. Amar los libros a modo de defensa contra el mundo real es, si exceptuamos situaciones de confinamiento extremo, un triste disparate. La vida es más que vida interior, bien que el ensanche de esta, que es a lo que se dedica cualquier arte, contribuya a un vivir mejor.

Con los libros, como con el móvil, el sexo o Internet, también puede uno pasarse. La bibliomanía es una adicción que, siendo aparentemente culta, y por definición, verbosa, es adicción al cabo. Y de hecho, hay por ahí vidas bastante redondas que no han sido ni rozadas por Husserl, Joyce o Proust. No nos pongamos estupendos, que diría mi *carnal*: los libros no salvan a nadie, ni son un salvoconducto a nada. Valen lo que valen las conversaciones, que pueden resultar banales o decisivas, iluminadoras o insulsas.

Realmente, la mayor parte de nuestra lucidez es interhumana, la construimos mediante el intercambio con otras personas. Aunque tendamos a olvidarlo, el libro es una innovación tecnológica muy reciente. Durante cientos de miles de años, la mayoría de nuestras inspiraciones provino



del vivo diálogo, y los primeros textos fueron adaptaciones de nuestra oralidad. Somos seres contextuales antes que textuales. Por lo tanto, es muy posible que los libros haya que regurgitarlos *afuera* para poder extraerles todo su jugo. Conversar es la vía para transformar la lectura, que es esencialmente pasiva, en algo activo. Descartes escribe en su *Discurso del método* que «la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los mejores ingenios de los pasados siglos». Y en parte, tiene razón. Con los libros hablamos hablándonos, pero es hablando de ellos con los demás como los expandimos hasta una nueva dimensión.

Lo que quiera que dé el libro (ideas provechosas, aviesas inclinaciones, la excitación de determinada virtualidad existente en la persona del lector), lo da en la interacción entre lector y lectura, de forma que no existe íntegra y aisladamente en esta última. Quien lee es parte crucial de lo que lee. Los mismos libros —como la misma danza o la misma pintura— electrizan a unos y dejan impertérritos a otros. Augusto Roa Bastos sostuvo que nadie lee impunemente un gran libro; confundió deseo y realidad. Piénsese tan solo en cuantas personas han atravesado las páginas del *Quijote* y han aparecido intactas al otro lado. Siempre existirá una generosa proporción de la humanidad a la que la Sinfonía Cuarenta de Mozart le revuelva por dentro lo mismo que el hilo musical.

Los libros, en sí, no cultivan. Esta rara planta que somos nosotros solo se cultiva a sí misma, por mucho que la educación formal, los ambientes familiares o los referentes sociales la influyan decisivamente. La idea del libro-medica-mento es una bobada. Uno recibe una serie de estímulos y escoge o se deja arrastrar, se pone al mando o es dominado. Por lo demás, es notorio que no todos los libros pretenden instruir, informar, menos transformar a sus lectores. La mayoría se conforma con complacernos. Y a lo mejor ese es el único encargo que no pueden descuidar. Álvaro Mutis escribe: «La lectura debe causarnos placer. Un placer que venga de lo más hondo del alma y que ha de quedarse allí

intacto y disponible». Un placer que, hundida simiente, quizá cuente con la benevolencia del sol y el riego de nuestro esfuerzo para llegar a germinar.

\* \* \*

Con todo y eso, el libro no deja de ser un soporte especial, privilegiado. Si lo absolutizamos lo ridiculizamos; pero si lo ponemos sin más junto al montón de los otros medios, nos despistamos. Un libro no es un mero receptáculo de ideas; incorpora un escenario decisivo para su asimilación. No es un periódico, no es un vídeo, no es un tuit. Lo que frente a otros medios pierde en inmediatez y espectacularidad, lo gana en reposo y maduración. La forma en que nos sitúa frente a sus reflexiones y emociones es muy particular. También tiene una mayor dignidad argumental. Me explico: en un comentario vertido en las redes sociales o a base de titulares y algunas frases sueltas, uno puede exponer opiniones no contrastadas, superficiales, puede recurrir a sentimientos taimados o atrincherarse en falacias con mayor facilidad. Pero en un libro esas artimañas son mucho más patentes. La costura de sus argumentos queda fácilmente al descubierto; sus vergüenzas filosóficas se transparentan.

Siendo así, toca denunciar que hay falsos libros que del libro solo conservan el formato físico y el atuendo comercial. Son textualizaciones de otras cosas: transcripciones encuadernadas, instrumentos sectarios, catálogos de venta solapados; lo que sea. Cuando no están presentes ni la carga narrativa ni la relevancia ni la manera completa —mundo cerrado sobre sí mismo— en que relatos, pensamientos o poemas se presentan en el libro, tenemos el objeto libro pero no su razón de ser. Estamos ante un disfraz.

Es cierto que el ensayo es el vehículo más apropiado para la filosofía, pero por supuesto no es el único. La relación entre literatos y filósofos no ha sido sencilla. Platón quiso expulsar a los poetas de su ciudad ideal; Kant advirtió sobre el obstáculo que las novelas representaban para la racionalidad; y muchas voces autorizadas de finales del XVIII

se quejaron de la traba que para la Ilustración suponía el auge entre el pueblo de la literatura de ficción. Hoy algunos admitimos sin pudor que el filósofo que escribe es igualmente un tipo de literato, de modo que cualquier distinción rigurosa entre filosofía y literatura nos resulta del todo artificial.

La ficción es también un modo de apropiación de lo real; y no uno menor. La imaginación nos despliega la realidad como si fuera un atlas, y nos saca de la triste seguridad con la que nos encerramos en nuestras impresiones no contrastadas y en la opinión oficial. Bien entendida como *amor a la sabiduría*, no me atrevería a decir que hay más filosofía en Locke que en Shakespeare; ni que Quino tenga menos que decir sobre lo que es ético que Kant. Toda literatura grande —no la que asperjan a golpes de hisopo los críticos, sino aquella que siglo tras siglo se impone por su calidad— está plagada de consideraciones filosóficas, de las que ningún acercamiento artístico importante puede escapar.

Hoy más que nunca, la lectura ha de competir con el inmediatismo de la imagen, que es emocionalmente mucho más atractiva. La lectura nos insta en otro ritmo, alejado de los fuegos de artificio y por ello más cercano al meollo de los asuntos. Las imágenes nos convocan a una cercanía con la realidad que creemos superior a los textos, cuando no suele haber buenas razones para que así sea. Si la realidad fuese simple, ciertamente una imagen valdría más que mil palabras; no es el caso. Pero insistamos en que no se trata de ensalzar al libro a base de denostar los otros soportes de ideas. La imagen no es solo mentirosa, tiene un punto de distanciamiento útil; puede contar mucho y con asiduidad lo hace. Susan Sontag, en un ensayo sobre la fotografía, lo aclara: «Poseer el mundo en forma de imágenes es, precisamente, re-experimentar la realidad y la lejanía de lo real». Y la experiencia es la puerta de entrada a cualquier pensamiento de largo recorrido.

\* \* \*

Se podría confeccionar una interesante lista con los libros de los que todo el mundo habla sin haberlos leído. Estarían, supongo, *La cabaña del Tío Tom*, *Lolita*, el mismísimo *Quijote*, *La isla del tesoro*, *Ana Karenina* y algunos otros. Mucho mejor la película, ¿no? Afrontar las grandes obras de la cultura como etapas que obligadamente hay que quemar es un despropósito, que explica por qué ciertos modos educativos son más un estorbo que un acicate para propalar el placer de leer. Pero es triste no intentar degustar aquellas obras que conmovieron a nuestros antepasados por décadas o siglos, no darles siquiera una oportunidad. Algo tendrá el agua cuando la bendicen; siempre hay tiempo —basta una treintena de páginas— para desecharla.

No hay libros para mayores y libros para pequeños, ni géneros reservados a personas de una determinada condición. Cada cual tiene sus querencias, pero solo a riesgo de perdernos lecturas colosales podemos acantonarnos en esta o aquella categoría a despecho de las demás. Para el lector que mejor exprime este arte, solo existen en puridad dos géneros: el de los libros que vale la pena leer y el de los que no. Quienes piensan, verbigracia, que la novela histórica es una categoría adulta por antonomasia, mientras la ciencia-ficción queda del lado de los inmaduros, o que el ensayo es el cortijo de los intelectuales, los presuntuosos o los académicos (son complejos residenciales con zonas comunes, nadie lo duda), no sabe lo que se está perdiendo.

En lo que respecta a los libros, como en otros ámbitos, nos sobran prejuicios; somos un animal extraordinariamente fóbico y filial. Como bien apunta C.S. Lewis sobre los libros «infantiles» en *La experiencia de leer*, no es mal ejercicio de modestia plantearse qué podríamos emular de aquellos grupos humanos a los que supuestamente va dirigida la literatura que desdeñamos:

Para que la palabra «infantil» pueda utilizarse en un sentido crítico, es preciso averiguar antes si solo se refiere a las características de la niñez cuya superación entraña una ventaja evidente, con exclusión de las que toda persona sensata conservaría si pudiera, y que algunos afortunados logran conser-

var. En el plano físico esta distinción es obvia. Estamos felices de haber superado la debilidad muscular de la niñez; en cambio, envidiamos a quienes conservan aquella energía, aquella cabellera tupida, aquella facilidad para conciliar el sueño y aquella capacidad para recuperarse con rapidez. Pero ¿sucede lo mismo en otros planos? Cuanto antes dejamos de ser, como la mayoría de los niños, volubles, jactanciosos, celosos, crueles, ignorantes y asustadizos, mejor para nosotros y para nuestros vecinos. Sin embargo, ¿quién que esté en sus cabales no conservaría, si pudiera, aquella curiosidad incansable, aquella imaginación tan vívida, aquella facilidad para suspender la incredulidad, aquel apetito insaciable, aquella disposición para el asombro, la compasión y la admiración? Nuestro proceso de crecimiento debe valorarse por lo que ganamos, no por lo que perdemos. No haber desarrollado el gusto por lo realista es un rasgo infantil en el mal sentido de la palabra; haber perdido el gusto por los prodigios y las aventuras no es más digno de celebración que haber perdido los dientes, el cabello, el paladar y, por último, las esperanzas. ¿Por qué se habla tanto de los defectos de la inmadurez y tan poco de los de la senilidad?

No escasean los libros zafios y absurdos, perfectamente prescindibles. Pero ¿por qué rasgarse las vestiduras o plañir por el actual hundimiento cultural? Basta con dejar olvidados esos libros en los anaqueles. No hay que leerlo todo; el mejor poso que proporcionan los libros no actúa por acumulación. Como escribe Aldous Huxley (*La lectura, el nuevo vicio*), «la cultura no deriva de la lectura de libros, sino de la lectura exhaustiva e intensa de buenos libros». La lectura es una de las dietas del corazón y la razón, es decir, del pensamiento, puesto que sentir es también un modo de pensar (y viceversa). Como en toda dieta, la clave está en la variedad y la calidad.

Tan importante como decidir a qué hincarle el diente, es afinar el modo en que se va a leer. La lectura desatenta y superficial de un libro no lleva a ninguna parte y, como entretenimiento, resulta bastante mediocre frente a ver una película, jugar al tenis, bailar la cumbia o simplemente conversar. Esto último para el filósofo está muy claro: a igualdad de riqueza y valor, preferirá siempre leer a una persona antes que a un libro. Y si termina decantándose por este último, será entablando con él una responsable relación de reciprocidad. Como expuso George Steiner, la relación entre el verdadero lector y el libro es creativa. Ese es uno de

los aspectos más fascinantes de la lectura: lo que tiene de re-escritura.

Cuando de autores antiguos se trata, tal enfoque conserva todo su sentido. Ciertamente, no se los puede abordar como si fueran actuales, puesto que concibieron sus obras desde cosmovisiones distintas, y esto es decisivo. Hay que hacer el esfuerzo emocional, intelectual y moral de ponerse en su lugar, sobre todo a la hora de sacar conclusiones que, en nuestro tiempo, nos sirvan de guía. Ahora bien: más allá de lo que diga el filólogo, el filósofo bien hará en acercarse a los clásicos sin atisbo de reverencia, con ánimo de conquista, puesto que se viene a saquear (ideas). Si nos arrimamos a ellos apocados, la cámara en la que guardan sus tesoros nunca se abrirá.

\* \* \*

Rescato, creo que viene a cuento, un viejo chiste que circulaba por la RDA, según lo contó Slavoj Žižek ante los manifestantes que ocuparon Wall Street en otoño de 2011. Un tipo es enviado a trabajar a Siberia. Como sabe que su correspondencia será leída por los censores, propone a sus amigos establecer un código: cuando les escriba con tinta azul, lo que les cuente será cierto, y cuando use la tinta roja, habrán de interpretar que su contenido es falso. Un mes después, sus amigos reciben la primera carta, con todos sus caracteres en azul: «Aquí todo es maravilloso. Las tiendas están repletas de buena comida. En los cines pasan buenas películas occidentales. Las casas son espaciosas y lujosas. Lo único que no se puede comprar es tinta roja».

Algunos libros contribuyen señaladamente a que se siga fabricando la roja tinta de la libertad. En palabras de Camus: «Todos los grandes reformadores tratan de edificar en la historia lo que Shakespeare, Cervantes, Molière, Tolstoi han sabido crear: un mundo siempre pronto a saciar la sed de libertad y de dignidad que está en el corazón de todo hombre». Y añade: «La belleza, sin duda, no hace la revolución. Pero llega el día en que las revoluciones tienen nece-

sidad de ella». Creo que está en lo cierto. Pero también que ya no cabe aspirar a que la literatura tenga, dada la competencia audiovisual, el impacto que Zola tuvo en el XIX u Orwell en el XX. ¿Entonces? Creo que quien con más fineza se acerca a la respuesta es Richard Rorty, que ha defendido convincentemente la importancia que tiene la literatura de cara al progreso moral. Los libros, asevera, expanden nuestra imaginación moral, pues nos hacen sensibles a las diferencias y a la diversidad. Por supuesto, aquel no es su único logro, pues de ellos esperamos igualmente que nos diviertan, que nos comuniquen sentimientos vigorizantes, etcétera.

Leer puede ser un medio efectivo para canalizar la violencia, la impulsividad; los libros pueden ser estupendas herramientas de educación sentimental. En el lamento final de *Moisés y Aarón*, de Schönberg, escuchamos: «¡Oh, la Palabra, la Palabra, la palabra de la que carezco!». Muchos matices lo son por causa de una lacerante incompetencia expresiva. Los libros les ponen palabras a nuestro mundo interior y, de ese modo, lo purifican y lo explicitan. Con las ideas sobre las que alzamos nuestras vidas, ocurre otro tanto: puesto que nos cuesta traducirlas en actos, nos viene muy bien escucharlas en las voces de otras personas; si estas son hábiles en su tratamiento, mucho mejor. Nos aupamos sobre los textos que encontramos admirables para producir lo mejor de nosotros mismos. Lo describe perfectamente R.W. Emerson en *Autoconfianza*: «En cada obra de genio, reconocemos nuestros propios pensamientos rechazados: vuelven a nosotros con cierta majestad prestada».

Pero no es cierto que sin los libros no se pueda desarrollar fibra ética. Para tales efectos, el condicionamiento (que no es en todos los casos opresivo; educar es condicionar) tiene incluso más importancia que lo leído. Pensar que a más lectura más tolerancia, como si de un silogismo se tratase, no es de recibo. *Mein Kampf* es un libro, que además fue en su día un bombazo editorial. Sabemos asimismo de algunos prohombres que se desayunaban con Schiller y una